

Leones ronda todavía la ribera, esperando, tal vez, descubrir en la costa un hacho luminoso, rútilo fogaril que le señale rumbos hacia el soñado puerto del Ideal...

X

LA SARTA DE CORALES

Teresa Panza es la esposa del famoso escudero de don Quijote, y el insigne libro de Cervantes nos la ofrece como digna compañera del buen Sancho, llena de rustiquez y de ignorancia, poseedora de un ingenio agudo y natural que dió margen a castizas virtudes y curso también a malicias y ambiciones muy propias de la humana condición.

Era la sensatez nota primordial en el carácter de Teresa; pero a veces, esta mujer, desengañada y apacible, pecaba de codiciosa, y le daba a la fantasía un poco de lo suyo. Las quimeras que Sancho halagó con fervida candidez, sirviendo a don Quijote, llegaron a labrar un dulce nido en el alma sencilla de la esposa, y al cabo de muy bu-

nas razones y sensatos discursos daba ella en la flor de acariciar un pensamentillo loco de remate.

Cuando volvió Sancho Panza de su primera aventura escuderil, contagiado ya por la fiebre hazañosa que padecía el caballero andante, habló a su mujer de convertirse pronto en gobernador de una gran ínsula. Perderían así la humilde condición de labradores para transformarse en señorías, gozando de todos los beneficios del oro y el fausto. Los hijos, Sanchico y Marisancha, ya mozuelos, medrarían hasta más no poder bajo la bendición de tantas venturas. Si el muchacho se educaba lo menos para obispo, casarían a la moza, de seguro, con un conde...

La exarcebada imaginación del escudero no se detiene en predecir felicidades: para la mujer, alcatifas y arambeles que la solacen en la iglesia, coche que la refocile en la calle, el don y los vestidos de brocado a cada minuto; para la hija, toldo y peana, estrados con almohadones de terciopelo, joyas y trajes condesiles.



Quiere la esposa interrumpir el desordenado volar de aquella fantasía.

—No, protesta—, yo no saldré nunca del hábito pardillo ni consiento que mi hija gaste chapines y verdugado, o que me la metas en hidalguías y entonos.

—Pero mujer de Dios—aduce Sancho muy furioso—, ¿has de impedir tú que la case con un conde y la vista de velludo y brocatel?

—He de impedirlo como pueda, que con tus escuderías estás perdiendo el juicio, y si yo te dejo de la mano serás capaz de consentir, por tesón, que un caballero rico nos trate a la hija de villana y de intrusa en algún palacio donde nadie la entienda.

No carece el esposo de argumentos contra estas discretísimas palabras: las rebate con muchas retóricas que aprende en los floridos parlamentos de don Quijote, y pensando que aturde a la mujer y la convence, se queda muy orgulloso.

Pero ella no se da por vencida.

—Mal comprendo tus latinicos—

ra, aludiendo a la monserga del escudete—; hablas hogaño de una manera tan repulgada y fina que se me escurre del entendimiento la mitad de lo que dices... Con todo, yo sé que Marisancha estará más en su punto casada con Lope Tocho, nuestro vecino, que con uno de los príncipes que tú le busques, y más lozana con su pobre aldeño de labradora que con el gran coturno de princesa.

—¡Pues princesa ha de ser!—repite Sancho, lleno de coraje y ambición.

Y Teresa, fingiendo que transige, como dócil esposa, no responde, y medita: Nunca la sacarás de sus zuecos aldeanos y su vestido de berbí...

Pasa el tiempo, y el germen de codicias que el andante labrador quiso arrojar en el alma de su mujer, ha encontrado un leve surco donde crece, apenas, la ruin vanidad sofocada por arraigadísimas virtudes. Teresa, humilde hija del pueblo, con sano corazón y claro raciocinio, no se libra de las

tentaciones del lujo, invencibles para la generalidad de las mujeres.

Tornó Sancho al escuderaje, tan ansioso de aventuras como el mismo don Quijote, y la mujer, que le aguarda hilando su copo y labrando su llanura, sueña a menudo con ser gobernadora. ¿Por qué no?—discurre, bajo el hechizo de aquel sueño.

Oyó contar que en algunos libros hay historias de gentes enriquecidas por milagro, convertidas en personajes de la noche a la mañana, y va creyendo posible el maravilloso cambio de fortuna que Sancho predijo.

Estas ilusiones, escondidas con infantil rubor, no la estorban para administrar con buenos ánimos la tierra calma de sus parcelas, ni para atender con solicitud a los hijos y pedir a Dios por el esposo; trabaja, reza y vigila como buena mujer castellana, labradora y madre, cristiana y pobre.

Y un día, un buen día de realizaciones y portentos, llegó a la aldehuela de la soñadora un airoso paje cabalgador, preguntando con mucha amabilidad por la señora doña

Teresa Panza. Una zagalica alegre y simple le salió al paso, diciendo :

—Esa por quien preguntáis es mi madre.—Y se le quedó mirando con la boca abierta.

El viajero rogó, muy cortés, que le guiasse a su destino, y la moza, llena de asombro y curiosidad, corrió hacia su casa delante de la cabalgadura. Iba dando brincos y gritando :

—¡ Madre, madre !... ¡ Aquí viene un señor que pregunta por usted !

Teresa, con el huso y el copo entre los dedos, salió a recibir al emisario, el cual quiso arrodillarse para saludarla como a una gran señora. Ella lo impidió, sencilla, y él entonces dijo ser mensajero del ilustre señor don Sancho, gobernador de la ínsula Barataria por arte y beneficio del valiente don Quijote. Presentó a manera de credenciales una carta que de Sancho traía, con otra de cierta duquesa, alta dama protectora del gobernador, y como presentes victoriosos una sarta de corales finos y un traje varonil de

pañó verde, que sirvió al célebre insulano en memorable día.

Viendo en su mano tan veraces testimonios de la buena fortuna, la crédula mujer, ebria de gozo, comenzó a reír y a llorar ; para ella el ensueño, escondido como un pecado, se cumplía ; la felicidad era cosa tangible y humana con el semblante de una ínsula complaciente, de un gobernador gordo y risueño, de una mina de oro, fecunda en coches, trajes y golosinas...

Como Teresa no sabe leer, el pajecillo embajador le da cuenta de las cartas que confirman cuanto él anuncia : Sancho se enorgullece de haber acertado en sus campantes vaticinios, y, desde la cumbre de la autoridad gubernativa, ofrece a su mujer bienandanzas a montones ; la duquesa, gentil madrina de tan felices acontecimientos, escribe con admirable sencillez roborando que la ganada isla no es una ilusión, y envía los corales, con extremos de oro, como prenda de generosa amistad.

Y la cándida manchega se abandona con encendida fe a lo que juzga realidades pro-

picias, que no son, al fin, mas que una burla donosa, un simulacro de triunfo, pródigo en experiencias y enseñanzas saludables; porque el gobierno de Sancho existe de una manera transitoria sólo para que el interesado averigüe si está la dicha en el dominio y en el dinero.

Mientras ambos poderes sirven de piedra de toque a las ansias del iluso aldeano, su mujer recibe como evidente prueba de estable soberanía el sedoso paño de un vestido y la finura elegante de un collar. No imagina más expresivos heraldos de la gran ventura.

La rica estofa del traje, prensada, tundida, sérica, del color de la esperanza, tiene a los ojos de la feliz criatura un valor indecible, y en sus manos tiemblan los corales, rojos como la alegría y la embriaguez. Los mira absorta, cual si presintiera que también ellos son milagrosos habitantes de una isla romántica; los acaricia con infinitas precauciones, y acaba por colgárselos al cuello en un raptó de ferviente pasión.

Sanchica no ha podido tampoco defender-

se del encanto que producen a su madre las cuentas adriáticas.

—¿Son para mí?—pregunta deseosa.

—Sí, hija mía, son tuyas—dice Teresa—; pero déjame llevarlas algún tiempo, que me alegran el corazón.

Y con sus cuarenta años, la faz severa, la figura hierática y la falda rabona, se puso a bailar.

Diríase que la joya marinera ejercía en el pecho de la buena mujer el influjo bienhechor que alguien le atribuye: la virtud de disipar toda penumbra. Ello era que la gobernadora radiaba, palpitante de gozo, sumergida, al parecer, en un baño de repentina luz, mientras los finísimos sartales danzaban sobre la burda camisa, encendidos como gotas de fuego, misteriosos y brujos como las madreporas y los arrecifes de donde se forman en los mares cálidos las fantásticas islas de coral...

Rauda fué la ilusión de Teresa. El esposo volvió a los lares desengañado y pobre (lo

mismo que su caminante señor), harto de aventuras y delirios, ganoso de vivir del pastoreo y la agricultura como en su primera mocedad.

Traía, sin embargo, las alegrías de la salud y el íntimo contento de la honradez. Algunos pequeños ahorros de sus hazañas andantes, concedidos por gracia y bondad de don Quijote, le hacían gozosa compañía, y el retorno a su pueblo y a su hogar le colmaban de satisfacción.

La esposa, noble y fiel, abarcó de una sola mirada penetrante aquella única realidad y la tuvo por feliz, a despecho de las fantasías que la turbaron otras veces.

Dió la bienvenida a Sancho con las más animosas y conformes palabras, y por su buen arribo dió las gracias a Dios, llena de gratitud. La vida se cerraba de nuevo para ella dentro del sacrificio y la aridez en el áspero terruño manchego, campo sediente, llanura triste, huracán solar. Pero el deber y el amor abrían para la esposa y la madre hondo surco de bendiciones en aquella arisca planicie muerta de sed.

Con paciencia y dulzura ejemplares toma para siempre en sus hombros de recia mujer castellana el duro peso de la miseria y el trabajo, doble cruz sublimada por la corona de la maternidad.

Y para recuerdo de la temeraria salida que hicieron sus ambiciones por los engañosos jardines de la Quimera, guarda la tentadora sarta de corales, manojos de esperanzas que un día creyó tener en la mano, semilla de inquietudes que florecen en las rojas ínsulas del mar y de la ilusión...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO